

Entrevista con Manuel Galich

entre la historia y el teatro latinoamericano

Isaías Peña Gutiérrez
Profesor U. Central

Introducción

Conocí a Manuel Galich, ex-candidato a la presidencia de su país, ex-ministro de estado y ex-diplomático, historiador, dramaturgo y profesor universitario, en un momento luctuoso a principios de 1976, cuando murió su esposa. Viejo luchador, resistió la pena como si el combate apenas hubiera iniciado. Antes lo había conocido por su famoso "Mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada". Pero pude conocerlo aún más cuando vino a Bogotá para algún festival de teatro en 1977. Quise hacerle una entrevista y creí que asistía a otra más. Pero no fue así. Fue una larga y emocionante clase de historia que tenía yo aplazada desde mi inefable bachillerato. Así tan informal, este amauta centroamericano, amante consagrado de las culturas precolombinas y de toda la historia padecida y contradicha de su continente, me fue narrando casi cincuenta años de historia como si fuera una película donde el productor, el director y el actor principal (y a veces el indispensable secundario) resultaban ser ese mismo animoso y respetable hombre que tenía frente a mí casi sumergido en un sillón.

Las cosas que me contó ese día el Doctor Galich —como usualmente se le trata en Cuba—, en su propia expresión, son las que hoy publico. O algunas, al menos.

Actualmente, éste recio hombre guatemalteco se aproxima a los 65 años y aún no puede regresar a su país porque mientras él sabe con pundonor la historia de su patria latinoamericana, en su país todavía el pasado es el presente y así no puede tenerse memoria (ni vergüenza) del pasado ni del futuro. Seguirá escribiendo en La Habana sus obras de teatro, dirigiendo la revista de teatro latinoamericano *Conjunto*, dictando sus clases de historia. Y haciendo, de paso, la verdadera historia de esta Latinoamérica nuestra.

Su vida antes de Jacobo Arbenz.

Tengo un libro de juventud que se llama *Del pánico al ataque*. Fíjese usted, es muy gráfico: me inicié en el pánico, ese fue el clima de mi adolescencia y de mi juventud, pero, además, un clima heredado porque el pánico no estaba generado exclusivamente por la tiranía de Jorge Ubico (1931-1944), sino que era heredado desde nuestros padres: ellos y a lo mejor nuestros abuelos habían vivido el mismo clima a través de la otra tiranía prolongada de veintidós años, la de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920). O sea que el país tenía más de medio siglo de vivir en el pánico. Desde las aulas de secundaria ya en mis primeros años de la tiranía de Ubico empecé a sentir una especie de rebelión contra la opresión, un llamado a la dignidad. Aquel momento adolescente, juvenil, se intensificó cuando ingresé a la universidad en la medida en que fui tomando conciencia de las cosas. Lo que me movió a mí era un fenómeno que abarcaba a muchos otros de mis compañeros de la Escuela de Derecho, la que vino a ser después la generación del 44. Fui encontrando muchas actitudes similares a la mía y así fuimos constituyendo primero algunas células clandestinas, después reviviendo una vieja asociación de estudiantes de derecho de tipo cultural, después lanzando algunas avanzadas de exploración a las otras escuelas universitarias y detectando espíritus igualmente afines hasta que logramos reconstruir la Asociación de Estudiantes Universitarios en 1943. Este fue en cierto sentido el principio del ataque, o sea, la génesis de un movimiento que siendo en su origen universitario interpretaba aún sin darse cuenta de eso, pero lo hacía, un estado de cosas sociales, de contradicciones de clase: había una burguesía que quería desarrollarse al amparo de las situaciones favorables que la segunda guerra mundial proporcionaba, posibilidades de industrialización, de industria pequeña, posibilidades de comercialización más intensa, y la tiranía en una política económica completamente cavernaria frenaba esas fuerzas: esta era una contradicción por una parte. Luego, las contradicciones que generó la segunda guerra mundial. El régimen de Guatemala por todas sus características era eminentemente fascista, ¿cómo era?, bueno fascista o dijera una versión cimarrona, una versión primitiva de lo que podría ser un fascismo nativo como también lo eran nuestros vecinos: Somoza en Nicaragua, Martínez en El Salvador, Carías en Honduras, y en el sur lo mismo. Y eso generaba un tipo de contradicción con la política norteamericana de entonces, la de Franklin D. Roosevelt, la política del buen vecino y su interés de apoyarse y fortalecer su posición continental porque veía venir ya lo que más

tarde fue, la confrontación bélica. Dentro de esa serie de factores de orden interno e internacional, nosotros los estudiantes movidos por esos factores, de vergüenza nacional, de dignidad humana, insurgimos así, planteándole a Ubi-co una serie de problemas, un ultimátum, etc. Total que lo que nosotros iniciamos como un movimiento de rebelión universitaria acaba volviéndose un problema de orden nacional.

La revolución de 1944. De esta manera, nuestro país dio un vuelco tremendo en 1944 que culminó con una alianza de la juventud militar y la juventud civil y en un combate armado el 19 y 20 de octubre de 1944, con lo cual se canceló todo ese largo período que yo le llamo de pánico, ese medio siglo de represión. Y se instauró un gobierno popular. Primero fue una Junta Revolucionaria de Gobierno. Se abrieron las puertas a la libre elección del pueblo. Se eligió a un presidente civil y así se iniciaron los famosos diez años democráticos, de 1944 a 1954.

Naturalmente, como yo me encontraba en la vanguardia universitaria, que no era una vanguardia como clase social ¡ah!, pero que dentro de la realidad resultaba una vanguardia universitaria y después vanguardia nacional, esto nos obligó a muchos a asumir posiciones de gobierno. Por ejemplo, yo tenía por entonces 29 años y fui Presidente del Primer Congreso Constitucional y al año siguiente, de 30 años, Arévalo me designó Ministro de Educación Pública. Y Arbenz, que tenía exactamente mi edad, de 30 años también fue inmediatamente Ministro de Defensa!

En México la prensa no hacía más que ironizarnos por ese sistema nuestro. Por haber asumido el gobierno a esa edad nos llamó la "puerocracia". Arévalo que era el Presidente tenía entonces 40 años. Claro, eso no podía perdurar. Todo ese brote de insurgencia juvenil en la batalla contra la tiranía, en el ejercicio del poder se descompuso completamente, porque ahí empezaron a aflorar las contradicciones de clase. Yo sin saberlo era de extracción pequeño-burguesa. Empiezo a darme cuenta de que pertenecía a una clase intermedia, nula, que no tenía ninguna definición porque por un lado aspiraba a algunos ascensos en la burguesía y en este sentido sacrificaba cualquier cosa para favorecer ese ascenso, y al mismo tiempo éramos despreciados por esos niveles, y por otro lado, también, no podíamos desdeñar las clases populares. En el ejercicio del poder muchos tomamos conciencia de esto. Con la burguesía y sobre todo con la alta burguesía no teníamos nada que hacer.

Para ese momento se incrementó la literatura política. Y quienes adquirimos conciencia de clase nos apresuramos a ponernos al día en literatura marxista. Pero algunos íntimos amigos involucionaron en sentido contrario. Radicalizados unos, se echaron otros más a la derecha. Ellos predicaban una doctrina falsa: "para eso no hicimos la revolución, no queremos ser comunistas". En realidad, ellos no habían hecho la revolución, la revolución la había hecho

el pueblo, y a lo que ellos llamaban infiltración comunista era eso precisamente, a la posibilidad de que nosotros leyéramos y avanzáramos en nuestro pensamiento y al mismo tiempo poder impulsar las organizaciones laborales, obreras, los sindicatos, las reivindicaciones, a eso le llamaban infiltración comunista. De esa manera se radicalizó el proceso. Y mi politización fue incentivándose. Serví durante todo ese tiempo en cargos ministeriales, luego asumí la organización de los Tribunales Electorales. Llegado Arbenz a la presidencia. . . yo fui candidato a la presidencia en competencia con Arbenz, pero evidentemente era una tonta política y decliné mi candidatura en el último momento electoral a favor de Arbenz para enfrentar el proceso reaccionario que se venía por el lado de las fuerzas más poderosas, te estoy hablando ya del año 1950, que se agrupaban en el Partido de Unificación Anticomunista (PUA) y cuyo respaldo económico era la Asociación General de Agricultores de Guatemala, o sea, el partido de los terratenientes, de los cafetaleros, de los anticomunistas, estrechamente vinculados con el clero, con casi todo el sector militar ahora infiltrado por el concepto de anticomunismo, en el concepto que ellos entendían anticomunismo, es decir, oponerse a la concepción de la huelga, del sindicato, etc., y detrás de todo eso, como dirigiendo todo, el imperialismo que se presentaba en Guatemala de muchos modos, por ejemplo, a través de la CIA, cuyo trabajo era evidente desde el 47. Las empresas norteamericanas para entonces eran tres: la United Fruit Company (UFCO), empresa bananera con algunos otros negocios complementarios; la International Railway of Central America (IRCA), de los ferrocarriles y cuyos principales accionistas pertenecían a la UFCO; y luego la otra, la poderosa EBASCO, que en Guatemala tenía su filial, la Empresa Guatemalteca de Electricidad, Inc., un nombre muy nativo, muy mestizo. Y detrás de todo eso estaba, ya se sabe, el Pentágono, la Casa Blanca, el Depto. de Estado, etc. Esta es la situación en el 51 con Arbenz. Arbenz triunfó. Luego yo seguí vinculado a su gobierno, claro. Fui el primer Ministro de Relaciones Exteriores de él. A mí me tocó, por ejemplo, entre otras cosas, enfrentar al imperialismo en la IV Reunión de Consulta de la OEA en Washington en el año 51 cuando se planteó por los Estados Unidos y todos sus cómplices latinoamericanos adquirir el compromiso para enviar tropas a Corea. Me acuerdo que iniciamos la oposición de ese compromiso, México, Argentina y nosotros, pero desde distintas actitudes. La de México era una actitud demasiado jesuítica en aquella época y al final terminó transando con la metrópoli; la actitud argentina era también negativa pero muy habilidosa; y la más radical era la de nosotros, como Ministro me tocó enfrentar los planteamientos del Depto. de Estado Norteamericano en ese tiempo a cargo de Dick Atkinson. Esto ya es en el año 51. Después de eso, ya estamos en Arbenz y post-Arbenz. Nuestra posición ideológica, desde luego, había sufrido cambios bruscos.

El proceso ideológico.

Muchos de los que acompañábamos a Arbenz habíamos tenido una posición lírica, romántica, liberal, porque nosotros no mirábamos más allá del libre ejercicio de los derechos humanos, las libertades públicas, la alternabilidad

Bien, yo dejé el Ministerio de Relaciones Exteriores porque de acuerdo con el gobierno era necesario crear una organización que nos acercara más a Centroamérica. Nosotros teníamos muy claro ya el fenómeno: el imperialismo trabajaba para sacarnos la tenaza, por supuesto. Pero no iba a agredirnos directamente, como con un desembarco de marinos; sabíamos que iban a procurar que lo hicieran otros, mejor dicho, que los gobiernos de Centroamérica, que teníamos al sur nosotros, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, fueran estos los que como se dice sacaran las castañas al fuego. Por eso planeamos una especie de acercamiento centroamericano, la Organización de los Estados Centroamericanos. Esa política me tocó dirigirla a mí. Pero los hechos demostraron a muy pronto plazo que esa era una política equivocada, porque con Somoza no había posibilidades del menor entendimiento; con el Frente de Honduras, abogado de la United Fruit Company; no se podía; en menor escala con Figueres en Costa Rica, ¡peor!; y con Osoyo en El Salvador, un gobierno militar; ¡tampoco! Nos dimos cuenta de eso, que la OEA, que había sido inicialmente un proyecto de acercamiento centroamericano sin ingerencia imperialista, se iba a convertir en muy corto plazo en un instru-

La caída de Arbenz.

en el poder; ahí, sí, todo el reftanero de la democracia representativa; ni siquiera veíamos que el enemigo estaba detrás del tirano, nosotros no veíamos el imperialismo; ahora sí, y eso nos fue, naturalmente, ubicando cada vez más en una posición de izquierda radical; había surgido ya entonces la primera célula del Partido Guatemalteco del Trabajo, partido comunista, aunque como nosotros veníamos de una militancia dada en partidos burgueses debíamos pertenecer a ellos, partidos que a su vez no eran uno sino tres, el Renovación Nacional, el Acción Revolucionaria y el Frente Popular Libertador. A este último pertenecía yo, que había nacido en el aula universitaria al calor de las luchas contra la tiranía. Por consiguiente era muy difícil saltar de ahí al Guatemalteco del Trabajo. Ahora, dentro de estos partidos burgueses las divisiones eran terribles: estábamos los que siendo dirigentes del Frente Popular, partido electorero y burgués, coincidíamos con las posiciones del Guatemalteco del Trabajo, pero ahí coexistiendo con nosotros en la dirigencia del mismo partido estaban los otros, de tendencia ultraderecha, adversario del Partido Comunista. Esto no podía durar, por supuesto, y la ruptura sobrevino antes de Arbenz, por ahí en el 49. Por ejemplo, el partido ese mío, se escindió así violentamente en dos ramas, unos de izquierda y la otra ultra-reaccionaria. Y viví el fenómeno tan característico de ver a quienes habían combatido la tiranía, luego de que afloraron las contradicciones de clase, unidos nuevamente a ella, a sus herederos, incluso combatiendo con las armas. Así fue el año 49, cuando hubo un alzamiento militar contra el gobierno de Arvalo: quienes encabezaban el alzamiento militar junto con la ultraderecha eran nuestros propios compañeros de partido, de la dirigencia universitaria de hacía pocos años antes. Esas fueron las características de una lucha muy aleccionadora por lo lle-

na de paradojas.

la historia en Chapultepec. El segundo antecedente fue en el 47 en Río de Janeiro, cuando el famoso tratado interamericano de asistencia recíproca. Y el tercer acto fue Bogotá, donde surgió la OEA, que fue el resumen de todo aquello. Se creó la famosa carta de la OEA y el organismo ese que ya en Río de Janeiro era una especie de pacto militar de carácter antisoviético, imperialista por consiguiente y de dominio total en el continente. Bueno, de eso se trataba.

Entonces, los estudiantes cubanos de la FEU lanzaron la iniciativa de que nos reuniéramos los estudiantes latinoamericanos frente a la OEA para presionar fundamentalmente en el sentido de las libertades, de los derechos humanos, etc., contra las entonces tiranías de turno, las de Somoza en Nicaragua, Trujillo en R. Dominicana, Odría en el Perú, Pérez Jiménez en Venezuela, etc., y así presionar para que se hiciera realidad toda esa música celestial del Sistema Panamericano de ellos. En ese tiempo había buenas relaciones entre los gobiernos de Prío Socarrás de Cuba y el nuestro de Arévalo y, además, la línea de Guatemala era propicia a esta iniciativa. Y fue así como yo vine en abril de 1948 como delegado estudiantil a esa Conferencia. Ya habían llegado los cubanos y los venezolanos, estaban los colombianos, había un panameño y dos dominicanos. Más o menos esa era la situación de la pretendida conferencia universitaria. Esperábamos que llegaran otros, pero no llegaron. El 8 de abril nos reunimos en la mañana en la salita muy modesta que era el local de la CTC de aquella época para discutir normas de procedimiento y luego el 9 otra para lo mismo. Yo no tengo imagen clara de los cubanos sino de uno, de Alfredo Guevara, de otros dos que se sentaron ahí con nosotros muy poco. . . haber sabido. . . porque uno era Fidel Castro y el otro un tal Del Pino que tuvo mal fin después como contrarrevolucionario. Me acuerdo de Alfredo Guevara sí porque él era quien más tomaba la palabra y hacía referencia de sus compatriotas. El hecho es que el 9 de abril tuvimos la segunda reunión y a la una de la tarde vinieron los sucesos trágicos. En verdad, jamás iniciamos la Conferencia universitaria. Y, naturalmente, nos tocó presenciar todo. Yo estaba hospedado en un hotelito por acá cerca en la carrera 6a., me parece que a cuadra y media del Palacio de San Carlos. Estábamos almorzando cuando oímos por la radio la información del asesinato de Gaitán. Como nosotros ya sabíamos quién era Gaitán, salimos inmediatamente a la calle en vía de simple novelería, pero cuando yo vine a ver estábamos en el epicentro del torbellino que era una cosa tremenda, una vorágine de veras. Como estábamos muy cerca de la Plaza de Bolívar corrimos hacia ella, en ese momento ya la gente toda estaba en la calle, casi alcanzamos a ver. . . acababan de arrastrar el cadáver del asesino de Gaitán, aunque no lo ví cuando llegamos. Y así presencié en una tarde parecida a esta, por cierto, muy similar, lluviosa, gris como esta, los saqueos, los asaltos, porque había en la radio unas voces que gritaban "hay que armarse, tomen las armas", y las gentes asaltaron las ventas de armas de caza y ferreterías y los lugares donde vendían bebidas, ¿no?, y se lo bebieron todo. Era algo dantesco, realmente, algo horrible. La gente saqueaba cualquier cosa. Y uno metido en el epicentro de eso. . . Nosotros entramos en aquello y recuerdo que recogí de alguna parte algo así como una navaja, que luego le

puse la fecha de ese día y aún conservo, otro de mis compañeros recogió una novelita que se llamaba "Corazones sin rumbo" La gente era campesina, de presencia sumamente pobre, y llevaban a cuestras grandes fardos de ropa. . . yo he contado mil veces esto. . . a un hombre no le alcanzaban los brazos y como cosa curiosa iba dejando corbatitas blancas regadas en la calle; otros se cambiaban la ropa en la esquina. La policía entonces usaba un vestido azul y no daba esa sensación tan violenta como la de hoy, era más modesta, y ellos habían dado sus armas a la gente y también participaban de la borrachera general. . . De la una de la tarde a las nueve de la noche, más o menos, en que el ejército irrumpió, en ese lapso, no había ni policía ni ejército ni nada, Bogotá estaba en manos de las gentes en un estado de descontrol total, los muertos tirados en las calles, ¡ni una ambulancia ni nada! Recuerdo haber visto cuatro hombres con una cama de hierro corriendo por la calle con otro que tenía un boquete en el estómago gritando; "miren lo que hacen los chulavitas!". Por otra parte, los incendios destruían los servicios públicos, los tranvías fueron volcados, los automóviles que habían quedado parqueados resultaron incendiados. . . bueno. . . aquello era una cosa espantosa. Así hasta que llegó la noche. Cuando oscureció sobre Bogotá seguía lloviendo, no había alumbrado eléctrico, pero los incendios lo alumbraban todo; los francotiradores estaban por todos lados, yo no sabía de dónde tiraban, nadie sabía, era una mortandad espantosa. Por fin, logré regresar a las nueve o nueve y pico, que nos costó muchísimo aunque nosotros no nos habíamos apartado mucho del radio del hotel, nos habíamos ido por toda la Jiménez de Quesada. . . cuando regresábamos, eh. . . cuando quisimos pasar por la acera donde estaba el diario *El Tiempo*, creo, sí, un grupo de mujeres pero feroces, armadas, a nosotros personalmente, nos amenazaron de muerte, a mi me pusieron una bayoneta en el estómago, una mujer me dijo "aquí nadie pasa" y lo que sucedía era que habían quedado flores en la acera donde había caído Gaitán y ellas se habían constituido en un comité de vigilancia del lugar. . . Bueno, así logramos regresar y de ahí no pudimos volver a salir porque, justamente, llegando nosotros al Hotel Buenos Aires al poco rato hizo su aparición el ejército, solo entonces lo hizo, alguna razón habría; a esa hora el ejército tomó posiciones en el centro de la ciudad. Y en esa situación estuvimos durante dos días presenciando las balaceras. . . me acuerdo que debe haber alguna torre que se llama Camerín del Carmen, un poco atrás del Hotel Buenos Aires, y recuerdo muy bien la sensación que me producía el enfrentamiento de los francotiradores de ese Camerín y los comandos militares que estaban abajo.

Lo que viene es lo más importante de todo. A los dos días de estar bloqueados en el hotel, que no tenía abastecimiento, ya no había qué comer, llegó al hotel un tanque del ejército colombiano y de ahí se baja el Agregado Militar de la Delegación Diplomática de Guatemala a la Conferencia Panamericana (naturalmente que nos conocíamos mucho), preguntando por nosotros los guatemaltecos y nos sacaron en el tanque. ¡Ah! yo agradecí mucho al ejército colombiano que me sacara de esa situación. Recorrimos a Bogotá en tanque. Por las mirillas. . . me acuerdo muy bien. . . la sensación de Bogotá era terrible, como si hubiera pasado un bombardeo. Acababa de ver Londres y poco

antes, dos años antes había visto a Londres, tres años antes, cuando todavía no habían recogido aquello, y la impresión era muy parecida. . . Bueno, yo creía que nos llevaban a un lugar seguro, ¿no? ¡Pues no! Directamente fuimos al aeropuerto. Y ahí nos entregaron. Cuando nos dimos cuenta pasamos del tanque del ejército colombiano a un avión militar norteamericano, directamente. Y en ese avión volamos, como a esta hora. 4:30 de la tarde, a Fort Clayton en la Zona del Canal de Panamá, donde estuvimos presos quince días. Después supe que a la hora en que se acordó la represión habían llegado fuerzas militares norteamericanas del Canal; el hecho de que hubiéramos regresado en uno de sus aviones quería decir que ellos ya estaban en Bogotá. . . Tales son mis recuerdos del bogotazo.

Jorge Eliécer Gaitán.

En Centroamérica Gaitán no era conocido. Yo, personalmente, lo conocía y me daba cuenta de lo que significaba. Lo conocí fortuitamente. Resulta que en 1946, a dos años de esto, en octubre, Guatemala fue invitada por Rómulo Betancur para festejar el primer aniversario de la caída de Medina Angarita en la toma del poder por Acción Democrática y el Ejército. La delegación vino presidida por Jacobo Arbenz y era más bien militar, sin embargo por expreso deseo de Arbenz iba yo como único elemento civil. En Caracas nos conocimos con delegaciones de muchas partes y me acuerdo muy bien de la colombiana donde iba Gaitán y un político muy conocido, creo que era Lozano y Lozano. . . El hecho es que conversé mucho con Gaitán en esos días. También lo oí hablar en la Plaza del Silencio, de la delegación colombiana hablaron él y Lozano y Lozano; de cada delegación hablaba uno o dos. Me acuerdo del guatemalteco que habló porque yo fui el que habló (risas) y luego Bosch cerró todo. Ahí me enteré de muchas cosas del trasfondo colombiano, de cómo en ese momento Gaitán era el hombre fuerte, poderoso en las izquierdas si se puede decir así, del izquierdismo liberal mejor dicho, del auténtico contenido de masa, popular, que tenía el liberalismo, y conocí el divisionismo que había con la candidatura de Turbay por la propia oligarquía liberal que impedía la candidatura de Gaitán. Así que cuando dos años más tarde oí lo de su asesinato ya tenía una visión de él.

Origen de su otra vocación, la literaria.

Mi vocación por el teatro se despierta desde mil novecientos. . . ¡bueno!. . . me estoy remontando a la prehistoria, yo tenía once años cuando fui act. . . ¡no!, cómico se decía entonces, de una compañía infantil de zarzuela de Guatemala bajo la influencia de Narciso Ibáñez, Narcisín, que despertó mucho entusiasmo entre las gentes. . . mi madre era muy del teatro. Eso es de 1924. Y a partir de ese momento tengo esa inclinación irrefrenable por el teatro. Claro, solo un tiempo después, durante la tiranía de Ubico, tal vez en 1932, fue cuando me inquieté por escribir la primera pieza de teatro pero a nivel escolar, siendo estudiante de la Escuela Normal de mi país, en un acto y la hice representar y la dirigí incluso. A partir de ahí, ya en el año 33 había escrito una obra mayor en tres actos, *Mijo, el bachiller*. Ya en ese momento la tendencia de lo que escribí tenía una tendencia política y desde ahí sigo en

ascenso: voy desde una posición inocentemente pequeño-burguesa liberal hasta una definición categórica marxista-leninista. Eso se refleja en mis obras que van de la ya citada hasta mis primeras comedias, *Papanatas*, contra la tiranía imperante en ciertos aspectos, *Gente decente* y *De lo vivo a lo pintado*. Después del 54, después de la caída de Arbenz, ya en Buenos Aires, yo tenía una posición claramente antiimperialista, antiburguesa, mi conciencia de clase estaba ubicada, ya era un marxista, y de ahí nacen obras marcadamente antiimperialistas como *El tren amarillo*, contra las compañías fruteras, y *El pescado indigesto*, que fue Premio Casa de las Américas.

De Buenos Aires a La Habana.

La noticia del Premio me cogió en México. . . Yo vivía en Buenos Aires, pero había ido a México a un Congreso que había convocado Lázaro Cárdenas y otras personas importantes. Era un congreso que se llamaba Por la democracia, la libertad y la soberanía de los pueblos, sí, y desde Buenos Aires los argentinos muy generosamente me brindaron todas las facilidades para que viajara a México con la delegación argentina en carácter de guatemalteco y así asistí en ese año 61. Y estando en México, Luis Cardoza y Aragón me dijo acabo de leer un periódico de La Habana y te felicito porque ahí dice que ganaste el Premio de teatro. Así recibí la noticia y luego volví a Buenos Aires. No fui a Cuba entonces. Sólo al año siguiente fui invitado por la Casa de las Américas como Jurado al Premio de 1962, pero solo a eso. Participé, también, en el Congreso de los Pueblos, que simultáneamente se reunió y volví a Buenos Aires. . . a caer preso en la Cárcel de Caseus. . . Caí dos veces preso, primero en Las Cuevas, en la frontera de Chile con Argentina, y después en Buenos Aires. Ya para entonces, Haydée Santamaría me había planteado la posibilidad de que me fuera a trabajar a Cuba como asesor de la Casa. Claro, acepté inmediatamente, entre otras razones por mi absoluta identificación ideológica con la Revolución. Por eso en 1962 me trasladé a La Habana, hasta hoy. Respondiendo, por eso, en concreto a tu pregunta, en mí, política y literatura son inseparables.

Qué pasó entre 1954 y 1962.

En esos años no pude salir de la Argentina sino a algunos países vecinos por falta de documentos. Voy mucho a Montevideo eso sí. Me vinculé estrechamente, por supuesto, al movimiento de los teatros independientes de Buenos Aires, colaboré con el nuevo teatro. Más que todo mi vinculación fue con Leonidas Barletta en el Teatro del Pueblo y sus semanarios de los que yo era columnista. Digo "los", pero un solo semanario era el de Barletta: se llamaba "Bopósitos", ahí tenía yo una columna sobre política latinoamericana. Vino el cierre del semanario y a la semana siguiente salía igualitico, del mismo formato, los mismos colaboradores, solo que se llamaba "Principios". Y al cabo del tiempo se lo cerraron otra vez y volvía a salir igual igual igual, solo que entonces se llamaba "Conducta". Por esa labor periodística fuimos con Barletta a la cárcel de Caseus.

Subdirector de Casa, Director de Conjunto.

La idea de Casa de las Américas siempre ha sido la de convertirse en una síntesis del pensamiento latinoamericano, por eso llegamos allá Ezequiel Martínez Estrada, yo y otros muchos. Inicialmente, fui Subdirector de la Casa. Estando ahí le dí aliento a la revista *Conjunto*; las cosas no eran nada complejas, el mismo teatro estaba en un estado de inercia, la revista se publicaba muy irregularmente. Pero llegó el momento en que ya no podía atender la Subdirección y la revista y se hizo necesario crear un Depto. de Teatro Latinoamericano. En 1971 se creó el Depto. Entre los que integrábamos el Consejo de Dirección de Casa era yo, naturalmente, el más vinculado al movimiento teatral latinoamericano. Y así se hizo el canje, entonces Mariano, el pintor, el más antiguo de nosotros en la Dirección asumió la Subdirección y yo asumí la del Depto. de Teatro. A partir de ahí la revista *Conjunto* sufre una transformación, se consolida como el órgano del Depto. de Teatro Latinoamericano de la Casa de las Américas y se vuelve una revista seriamente trimestral.

Miguel Angel Asturias.

Mire, no puedo en este momento decir nada que no haya dicho por escrito y en público. Le voy a repetir lo que publiqué en la revista Casa de las Américas cuando hubo una encuesta sobre el intelectual en América Latina. Por consiguiente, lo que le diga ahora está escrito y publicado durante la vida de él.

Asturias fue un servil, intelectual servidor durante la tiranía de Ubico desde 1935, editorialista del más asqueroso periódico de la tiranía llamado "El general progresista". La juventud en ese momento le tenía el más absoluto desprecio por su actitud éticamente indigna. Naturalmente, él estuvo ausente de todo el proceso, oculto en la lucha. Más bien, lo que lo acabó de desprestigiar ante nosotros fue el estar del lado de Ubico, pero lo peor de todo fue el haber estado al pie del automóvil del General que luego reemplazaría a Ubico con un ramo de flores el día en el que se realizó el gran fraude, cuando le roban al pueblo su triunfo este General Ponce. Así estuvo oculto algunos años hasta que Arévalo fue quien lo rescató, le dio opción de rehabilitarse y lo mandó a París, por supuesto que no lo exhibió en el mismo país porque eso hubiera sido para Arévalo factor de desprestigio, y allá estuvo hasta 1948. . . en ese año lo incorporó a la delegación que vino a Bogotá y así pudo volver a Guatemala. Usted sabe que los pueblos van olvidando. . . Desde el punto de vista intelectual, Asturias fue famoso en 1937 por sus *Leyendas de Guatemala*, que escribió desde París. Claro, el hecho de que en París se hubiera escrito y publicado un libro de un guatemalteco. . . ¡desde París para la aldea! como que descendía del Mesías; y por otra parte había publicado, en otra historia un poquito turbia, una traducción al español de la traducción al francés del original Quiché, del *Popol Vuh*. La traducción al francés la había hecho el profesor de Altos Estudios de la Universidad de París, Georges Reynaud. Y

ese texto francés apareció revertido al español, pero no por Asturias, sino por J. M. González de Mendoza, el Abate, y Asturias. Por eso, Asturias tenía un cierto prestigio que lo borró por su actitud política. Ya tenía escrito *El Señor Presidente*, pero sólo lo publicó cuando Arévalo y no en Guatemala sino en México, cuando la tiranía había desaparecido y ya no se corría ningún riesgo. Claro, lo que digo no demerita en lo más mínimo la alta calidad literaria del creador.

Yo recordé, además, en esa conferencia que Miguel Angel tenía una fórmula para dedicar sus libros, tenía hecho un clisé y lo repetía en todas partes: decía "A fulano de tal con mis dos manos". ¡Frases hechas! Dijo en aquella ocasión, en aquella noche, Miguel Angel todo lo hace con las dos manos. En efecto, en la repartición de los premios internacionales que recibió, con la mano izquierda agarró el Premio Lenin, que le dieron equivocadamente, y con la derecha el Nobel, que le dieron acertadamente. Eso es lo que he dicho. Y que quede bien clarito que establezco el distinguo: porque incluso a Asturias se lo presenta como el ideólogo del movimiento del 44, de la Revolución de Octubre de Guatemala, y es todo lo contrario. ¡Uno no puede permitir esa estafa! Asturias fue políticamente una personalidad desdeñable, literariamente, todo lo contrario. Nada invalida esto ni uno dice esto por celo literario o por restarle méritos, sino que eso es justamente lo que podemos decir quienes lo conocimos.

Y la historia de nuestros primeros padres.

¡Ah! claro. También paralelamente a mi afición por la política, por el teatro, también surge desde el principio mi afición por las culturas precolombinas. Y no podía ser de otra manera. Cuando uno nace en un país como Guatemala tú no puedes estar fuera de esa influencia indígena, salvo que te creas de mejor "raza". Y aunque creas que estás por fuera, estás bajo esa influencia, allí los aculturados son los blancos. Eso se respira en todo el ambiente y cuando menos lo piensas tú duermes, comes, te acuestas, hablas, como lo hacen la mayoría, que son los indígenas. Desde pequeño me dediqué a esos estudios. Mi tesis de Maestro en la Escuela Secundaria fue sobre los Anales de los Cakchikeles, en 1934, que eran desconocidos en ese momento. Luego amplié esos estudios a todo el continente. Actualmente, soy profesor titular de Historia de América del Departamento América de la Facultad de Filosofía Marxista Leninista de la Universidad de La Habana, donde dicto clases desde 1962. Próximamente, publicaré un libro de historia latinoamericana con el título *Nuestros primeros padres*, expresión tomada, precisamente, de *Los anales de los Cakchikeles*.

Esta vocación también se ha visto reflejada en la revista *Conjunto*, donde hemos venido publicando secciones dedicadas al teatro precolombino y a lo indígena de todos los tiempos. Tú lo habrás visto.

Bogotá, D.E., 1977-1978